



EL COSTO SOCIAL DEL EMBARAZO Y UNIONES TEMPRANAS EN NIÑAS Y ADOLESCENTES

Un reto en la Agenda 2030 para un desarrollo sostenible

VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO

La violencia en el noviazgo es todo acto intencional de los hombres hacia o por parte de un miembro de la pareja con el objetivo de controlar o dominar a la otra persona.

Puedes identificar la violencia cuando:

1. Te pide la "PRUEBA DE AMOR".
2. Te prohíbe hablar con amigos o familiares.
3. Quiere controlar todo lo que haces.
4. Toma tu teléfono a escondidas y revisa tus mensajes y redes sociales.
5. Te obliga, con chantajes y manipulaciones, a tener relaciones sexuales.
6. Critica constantemente tus convicciones, forma de vestir, de ser y hablar.
7. Te amenaza con abandonarte.
8. Coacciona con otras personas frente a ti.
9. Utiliza la fuerza para justificar sus actos.
10. Promete cosas que nunca llegará.

¿Qué debo hacer?

¡Valórate! Recuerda que una persona violenta y merece algo mejor.

Busca ayuda

ANIMACIÓN

¿Cómo afecta la violencia en el noviazgo?

La violencia en el noviazgo afecta a la salud mental, emocional, física y sexual de la persona que sufre de ella. Puede causar ansiedad, depresión, aislamiento, visiones distorsionadas y pensamientos negativos, así como lesiones físicas y hasta la muerte.

Contribuyendo a un mundo donde cada embarazo sea deseado, cada parto sea seguro y cada persona joven alcance su pleno desarrollo.



Representante del Fondo de Población de las Naciones Unidas El Salvador
Hugo González

Representante Auxiliar UNFPA El Salvador
Mario Iraheta

Coordinadores de producción del documento
Ondina Castillo
Walter Mejía
Walter Sotomayor

Levantamiento de la información
Margarita O'Farrill

Redacción y corrección de estilo
Elena Salamanca

Diseño gráfico:
Karla Gabriela Morán
Brenda Rocío Chacòn

Fotografía:
Lucy Tomasino
Walter Sotomayor / UNFPA

El **UNFPA** agradece a cada una de las mujeres que autorizaron compartir su historia para incluirlas en este documento; que nos permitieron acercarnos a su realidad y difundirla por diferentes medios para que su voz, como la de muchas otras mujeres, sea escuchada.


Agradecemos también a las catorce personas que aceptaron comentar cada historia para ser incorporados sus pensamientos como un preámbulo en cada testimonio.

Cómo citar este documento: Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), El Costo Social del embarazo y uniones tempranas en niñas y adolescentes. El Salvador 2017. Primera edición El Salvador, julio de 2017.

1ª. Impresión, Julio 2017.

 Edificio Avante 10º Nivel, Urbanización Madre Selva, Santa Elena, Antiguo Cuscatlán, La Libertad.

 www.unfpa.org.sv

 +(503) 2255 - 4500
+(503) 2255 - 4523

 @unfpaSV

 www.youtube.com/UNFPAElSalvador

 @UNFPAElSalvador

Fotografía: Lucy Tomasino

El embarazo en niñas y adolescentes conlleva un costo sobrellevado por ellas y por la sociedad a la cual pertenecen. Ese costo muchas veces es obnubilado por un escotoma cultural, silenciado por la costumbre y la indiferencia asociada a la violencia basada en género. Un costo que las familias de las embarazadas asumen, o contrariamente, lo transfieren al aprobar un matrimonio o una unión de una menor para salvar el honor o para trasladar la responsabilidad al progenitor masculino del embarazo, quien transita por una mutación de ser un “violador” a convertirse en esposo, sin considerar el interés superior de la niña; quien a veces es canjeada como mercancía o como activo inanimado desprovisto de derechos, autonomía, aspiraciones, pensamiento u opiniones.

Estos son embarazos anclados a cúmulos de violencia y violaciones sexuales, a las que se suman el abandono, la indiferencia, la falta de oportunidades, el dolor nunca expresado.

En este documento se incluyen 14 testimonios reales que se entrelazan a lo largo del país. Son vivencias de niñas y adolescentes que seguramente se repiten cotidianamente en las familias salvadoreñas asentadas entre los cuatro puntos cardinales, sus colonias, cantones y departamentos. En los 14 testimonios se han modificado los nombres, edades y los departamentos donde fueron realizadas las entrevistas, para garantizar la seguridad de quienes valientemente compartieron su testimonio; historias de vida en las que se evidencia la violencia familiar,

la violencia sexual, la violencia generacional, en fin, todas las modalidades y tipos de violencias basadas en género. En otras se devela el impacto de la migración, de la violencia e inseguridad en la comunidad de origen. Al final, sus vidas además confrontan el peligro de morir como resultado de un riesgo obstétrico asociado al embarazo y parto.

La voz de ellas, su dolor, ha pasado inadvertido año tras año porque “es mejor” que la niña viva con el hombre porque la familia “no quiere platos rotos”, como le dijeron a Dolores cuando tenía catorce años.

Para muchas otras la vida no pudo continuar. No hubo más sueños, los días, los meses se convirtieron en callejones sin salida. Según datos del Ministerio de Salud, en el año 2015 se registraron 20 muertes maternas de adolescentes, de las cuales 5 fueron suicidios.

Lo que han vivido estas niñas y adolescentes estamos seguros podría haber sido diferente: si ellas hubiesen tenido herramientas educativas para empoderarse y denunciar o discernir situaciones de riesgo y optar evitando dejar al azar decisiones sobre sus vidas; si la complacencia social sobre la valoración de la mujer fuera intolerante y trascendiera hacia otra que las aprecie como sujetos de derechos; si comenzará a cambiar el marco legal para prohibir el matrimonio infantil haciendo valer el interés superior de la niña y acotando la laxitud de los valores sociales con un sistema de justicia menos benevolente frente a la desigualdad contra la mujer.

¹Artículo 161 del Código Penal, en lo referido a agresión sexual en menor e incapaz, establece que: la agresión sexual realizada con o sin violencia que no consistiere en acceso carnal, en menor de quince años de edad o en otra persona, aprovechándose de su enajenación mental, de su estado de inconsciencia o de su incapacidad de resistir, será sancionado con prisión de ocho a doce años.

La justicia no debería de tardar. En el año 2016, según datos del Instituto de Medicina Legal, en El Salvador se registraron 1,844 niñas y adolescentes violentadas sexualmente (alrededor de 5 casos diarios). El 80% de estas violaciones perpetuadas por un familiar o conocido en el que debería ser su ámbito protector. La violencia institucional no debería coexistir con estas violaciones, como revelan investigaciones, en las cuales se detalla que “en los años 2013, 2014 y 2015, las denuncias de violaciones de menores de 15 años que llegaron a juicio y terminaron en condena apenas rondaron el 10%”.

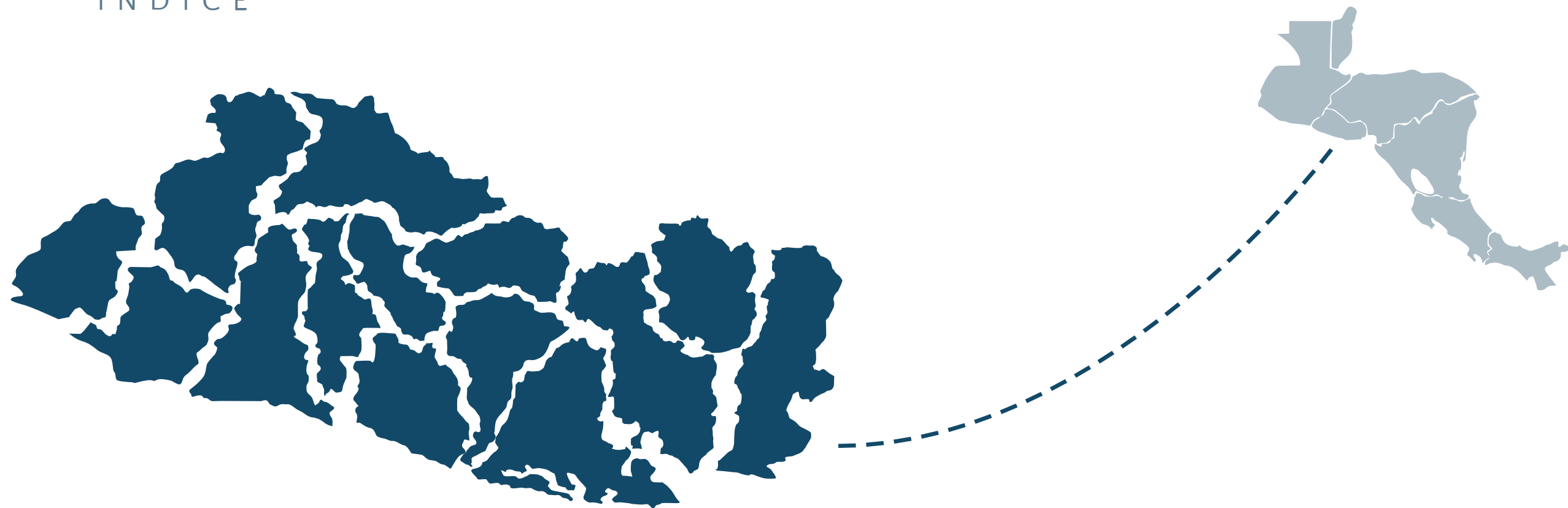
El silencio debe acallarse y la impunidad debe romperse. El país necesita de todas las niñas y adolescentes como sujetas de derechos, con bienestar bio-psico-social, contribuyendo al desarrollo nacional como personas con un desarrollo pleno. Lo opuesto sumerge a la sociedad salvadoreña en una deuda que se acumula a través del tiempo y que mañana será impagable. Todas y todos estamos en el mismo barco, sería una fantasmagoría si se hunde únicamente del extremo colmado por las historias de estas niñas y adolescentes. El embarazo en niñas y adolescentes nos involucra a todas y todos.

Hugo González
Representante del Fondo de Población de las Naciones Unidas El Salvador

²María Luz, N. y Aguirre L. (Martes, 31 de enero de 2017). Un paraíso para los violadores de menores. [elfaro.net](http://especiales.elfaro.net/es/el_paraiso_de_violadores/) Recuperado de: http://especiales.elfaro.net/es/el_paraiso_de_violadores/

14 HISTORIAS

ÍNDICE



| | | | | | | | | | | | | | |
|--|--|--|---|---|-------------------------------|--|---|---|--|--|--|--|--|
| Pág. 10 | Pág. 14 | Pág. 18 | Pág. 22 | Pág. 26 | Pág. 30 | Pág. 34 | Pág. 38 | Pág. 42 | Pág. 46 | Pág. 50 | Pág. 54 | Pág. 58 | Pág. 62 |
| | | | | | | | | | | | | | |
| Ahuachapán | Santa Ana | Sonsonate | Chalatenango | La Libertad | San Salvador | Cuscatlán | La Paz | Cabañas | San Vicente | Usulután | San Miguel | Morazán | La Unión |
| "Pude haber muerto el día que nació mi hijo" | "Yo no me quisiera ni acordar de lo sucedido. Por esas cuestiones una se siente insegura." | "Hay unas mujeres que no tienen como meta tener hijos temprano, sino superarse estudiando o trabajando." | Escases. Pobreza. El tránsito de la vida por un círculo que se reinicia, sin fin. | "La vida en un círculo de pérdidas, incluida la identidad." | El carcelero de la violencia. | "Me acompañé a los 14 años, para huir de mi papá." | "Mi compañero ahora tiene 50 años, yo tengo 19 años." | "Estudiar me distrajo de ese dolor tan grande." | "Antes de que mis hijas aguanten hambre, prefiero hacerlo yo." | "Mis hermanos intentaron abusar de mí, nunca me trataron como a una hermana" | "Me violó el novio de mi hermana mayor, cuando tenía nueve años. Yo pensaba que ya no valía nada." | "En mi casa me dijeron 'Vos ya sos algo de él y nosotros no queremos platos rotos'. Me obligaron a juntarme con él." | "Él se fue, así nomás, de un día para otro. Yo siento que me traicionó por haberse ido." |



Fotografía: Lucy Tomasino



Susana Joma

Periodista

La historia de Evelyn provoca mucha tristeza. Esta joven, que se convirtió en madre cuando era una niña y estuvo por ello a las puertas de la muerte, sigue siendo tan vulnerable como en sus primeros años de infancia, cuando le faltó una buena orientación y cuidado familiar.

Aunque hoy es adulta, el ciclo no se ha roto, puesto que con un niño enfermizo y sin siquiera tener acceso a una educación básica, no se vislumbra que en un corto plazo pueda acceder a una buena oportunidad de empleo, ni asegurar un buen futuro para ella y su hijo.

Provoca indignación que en nuestra sociedad, sobre todo en el área rural, se siga viendo como algo "normal" que las niñas tengan encuentros sexuales con adultos, sin que nadie ponga un reparo.



AHUACHAPÁN

“Pude haber muerto el día que nació mi hijo.”

Evelyn, 18 años.

El día en que el primer hijo de Evelyn nació, ella pudo haber muerto. Pudieron haber muerto los dos.

- Estoy viva de milagro, me salvó la visita de una promotora de salud.

Sucedió hace cuatro años, ella tenía 14 años y cursaba con ocho meses de embarazo. Su parto no estaba programado para ese día. Pero ella no estaba bien. Estaba como desvanecida en su casa en un cantón de Ahuachapán. Estaba sola.

- La promotora de salud vino en visita de rutina a la casa y me revisó. Yo tenía la presión muy alta, estaba cansada, sudaba. Sentía que me iba a desmayar. No sentía que el niño se fuera a adelantar, porque solo sentía que me iba a desmayar. Yo tenía diabetes gestacional y preeclampsia.

El embarazo de Evelyn fue complicado, riesgoso, pasó la mayoría del tiempo en reposo y con malestares constantes. Supo que estaba embarazada cuando todavía tenía 13 años. Su pareja tenía 17.

- El doctor me dijo que iba a ser un embarazo complicado, porque por mi edad mis huesos no estaban aún bien formados. Mis suegros me cuidaron, porque, por mi edad, el embarazo fue cada vez más complicado. Tenía sangrados y dolores muy fuertes, me ponían suero. No podía hacer nada, dejé de estudiar. Los siguientes meses, pasé cansada. Siempre cansada. Me costaba respirar, a veces sentía que me iba a desmayar, me daban diarreas y calenturas. A veces me levantaba a orinar y no orinaba, veía sangre. Mi hijo intentó venirse cuatro veces. Las cuatro veces pudimos haber muerto.

La familia del compañero de Evelyn vive de la agricultura, se dedican a sembrar. Ella intentó hacerlo pero el embarazo no se lo permitió. Cuando la promotora de salud la encontró, sus suegros estaban en el campo. Tuvo que ir hasta la milpa para avisar que Evelyn estaba en una situación grave.

- Cuando llegué al hospital unas enfermeras me regañaron porque estaba muy joven y embarazada, pero una doctora me apoyó hasta que nació mi hijo, se interesó en mi caso. La primera vez que me vio, me dijo: “No lo puedo creer, vos deberías estar jugando con muñecas o estudiando”.

Primero, Evelyn fue llevada a la unidad de salud, tenía la presión arterial alta. Todo el embarazo había sido complicado. Ese día en la unidad de salud se asustó, no tenía claro lo que le pasaba, le costaba respirar. Después del examen, la enviaron al hospital porque la presión arterial aumentó. Tuvieron que inyectarla. Además había perdido el líquido amniótico.

- El niño está seco, se lo vamos a sacar, porque se puede ahogar, se puede morir, me explicó el doctor.

Me iban a hacer una cesárea, porque no podían esperar demasiado. El doctor me dijo que las mujeres se quejan de las cesáreas porque dicen que les quedan cicatrices. Pero vos pensá en tu hijo, en que nazca bien, que lo querés sano, en que vas a estar bien, que no te importe cómo te quede el cuerpo. Yo le dije que sí a todo, ni pensaba en las cicatrices.

Después del parto, Evelyn fue ingresada, su hijo tuvo que pasar a la incubadora. Hasta la fecha, su hijo tiene muchas complicaciones de salud, se enferma con frecuencia, sobre todo del estómago o las vías respiratorias. A pesar de lo complicado del primer embarazo, ella y su compañero han pensado en tener otro hijo. La mejor edad para tener hijos deben ser los 23 años, piensa ella.

- Mi mamá también nos tuvo temprano en su vida, el primero de nosotros nació cuando ella tenía 15 años, y le costó mucho criarnos, porque también era muy joven. Mientras uno tiene oportunidades, es mejor seguir estudiando, crecer bien. Yo estoy contando esto porque ese día tuve la suerte de que pasó la promotora de salud. Si ella no me hubiera revisado, quizás no lo estaría contando, quizás tampoco hubiera nacido mi hijo.



Rvdo. Martín Ignacio Díaz Velásquez
Iglesia Evangélica Protestante de El Salvador

El caso que sigue a continuación muestra que, como Paola, cientos de niñas sufren falta de acceso a una vida digna, salud y educación, o sea un abandono por parte del Estado. Esto contribuye a que se perpetúe un círculo vicioso de abusos, dolor, angustia y pobreza.

El caso de Paola no es único, lamentablemente. Al contrario, hay miles, cientos de miles de niñas como ella. Y estas historias de horror, con un altísimo costo humano ocurren cuando las políticas públicas se diseñan en base a sofismas y prejuicios sin fundamento en evidencias.

La educación sexual y reproductiva, la despenalización del aborto y su acceso seguro y gratuito son medidas urgentes que el Estado salvadoreño debe tomar para proteger la vida y salud de las poblaciones más vulnerables, es decir, niñas y niños que viven en situaciones de riesgo.

La niñez y la juventud no son el futuro, son el presente. Es ahora que necesitan políticas responsables y con respeto a los derechos de las personas.



“Yo no me quisiera ni acordar de lo sucedido. Por esas cuestiones una se siente insegura.”

Paola, 18 años.

Paola vive frente a la carretera. En un mesón en Santa Ana, viven su madre, su hermana, su padrastro, ella y su hijo de cuatro años. Ella y su hijo ocupan un cuarto, al lado, en otro cuarto vive el resto de la familia. A su alrededor no hay más que paisaje de carretera. Calle, naturaleza medio seca, buses, humo, ruido. Ese es el paisaje que ve todos los días, pero al que no se asoma. Su madre le dice que es mejor que no trabaje. Paola no va a la escuela, la dejó a los diez años. A los 14, fue mamá.

Cuando dejó la escuela le costaba leer y escribir mucho más que al resto de su clase. Eso la hacía sentir insegura, sufría burlas, sentía culpa. Era algo que arrastraba desde el principio.

- Dejé de ir porque eran muchas cosas lo que yo pasaba dentro de la escuela. Como si yo era la peor de todas, me

sentía insegura. Estudiar no es lo mío. Yo pensaba que eso no era para mí. Era como si todos fueran mejores que yo. Entonces dije yo, para qué ir a la escuela, y dejé de estudiar. Me dediqué a la casa.

Irónicamente, pareciera que Paola ha podido tomar decisiones en su vida, como ir o no a la escuela.

Después de dejar la escuela, Paola dedicaba sus días ayudar a su mamá en su casa, en el mesón. Era niña, tenía amigas, jugaba. Una de estas amigas la invitó a su casa. Paola aceptó. **La cipota quizás ya sabía el trámite que iba a pasar, lo que iba a suceder, me fue a dejar a la casa de ellos y se salió.**

Paola se quedó sola con el hermano mayor de su amiga, un muchacho de 18 años. Todo lo que pasó después, fue impuesto.

- Yo no me quisiera ni acordar de lo sucedido. Por esas cuestiones una se siente insegura.

Lo que recuerda es confuso y lo enuncia con dificultad. A sus 14 años ella no esperaba vivir una experiencia como esta. El hermano de su amiga y ella no eran novios, no se conocían bien, no había existido ninguna forma de cortejo, ella no sentía atracción. El hermano de su amiga puso una película.

**- Voy a poner una película, tal vez te gusta -me dijo.
- Tal vez, no sé si me va a gustar.**

Paola recuerda que la película la incomodó, era una película pornográfica. Después, el hermano de su amiga la forzó a hacer cosas que ella no quería hacer. **Sucedió lo que sucedió, dos veces, no sé. No me acuerdo cuántas veces fue.**

Paola quedó embarazada en el primer encuentro sexual que tuvo en su vida. El papá de su hijo no era su novio, tampoco su amigo, ella ni siquiera sabía qué edad tenía él.

- Yo no quería tener un bebé tan pronto.

Su embarazo fue solo suyo. No vivió con el padre de su hijo, y nunca la ha apoyado económicamente. Hace tiempo, él le quiso quitar al niño, pero la familia, sobre todo su padrastro, no lo permitió.

A medida que su hijo crecía dentro de su vientre, le parecía lindo que se moviera. Pero a la vez, le daba una especie de ansiedad. **Como si yo no lo quisiera... Pero ya estaba adentro.**

Paola sabe que fue abusada sexualmente. Sabe que es una experiencia terrible y dice que aconseja a sus amigas. Su historia no es única, es tan común que ella puede formular quejas, decir en qué consiste el sufrimiento. **Ellos vienen aquí a agredirnos a nosotras. Que nos dejan vivir.**

Su vida cambió, porque desde entonces su vida consiste únicamente en ser mamá. Sus días transcurren en un cuarto de mesón, con su hijo. Quisiera trabajar de boletera en la estación de autobuses cerca de donde vive, en una terminal. Pero su mamá le dice que no, que se dedique a su hijo. Tampoco puede sumar ni multiplicar, por lo que sus sueños tienen altos grados de dificultad cotidianos. Lo que Paola quiere para ella es difícil de alcanzar, una computadora, una tablet o un celular. Por lo que todo lo que puede querer lo traspasa como deseo para su hijo.

- Tengo que criarlo bien, que se porte bien conmigo, que no sea malcriado. Cuando estudie que me dé buenas notas y buenos momentos. Yo tengo fe en que él sí puede estudiar.

Quiero ser una buena madre, porque quiero que mi hijo sea un buen padre cuando se case, que quiera a sus hijos y a su esposa. Quiero que quien se acompañe con él, diga ‘Su hijo es un buen padre, me quiere a mí y a sus hijos.

Paola ha tenido que asumir ser madre soltera y adolescente con las responsabilidades de una adulta, pero le faltan medios. Sin poder leer, escribir y hacer operaciones aritméticas, su vida ha ido siendo reducida en su entorno, como un cuartito de mesón.



Fotografía: Lucy Tomasino



Yanira Argueta

Directora Ejecutiva de ISDEMU

La historia de Rosario refleja una problemática multidimensional de desigualdad, exclusión y vulnerabilidad que enfrentan niñas y adolescentes que viven en hogares en condición de pobreza y pobreza extrema.

El embarazo en menores de quince años es una violación, no existe posibilidad de consentimiento, es producto de violencia sexual, de estereotipos por razón de género, de desequilibrios de poder que perpetúan la existencia generalizada de prácticas naturalizadas que vulneran los derechos de las mujeres en todo su ciclo de vida.

El gran desafío que presentan las historias como la de Rosario es que necesitamos avanzar de manera decidida en la creación y funcionamiento de un sistema integral de atención y protección para mujeres, niñas y adolescentes víctimas de violencia sexual y de violencia basada en género, que atienda de forma integral a las víctimas, que proteja el interés superior de las niñas, les garantice el acceso a la justicia, les brinde medidas de reparación de forma adecuada, se promueva su empoderamiento, se fortalezcan sus autonomías y se den plenas garantías en el cumplimiento de sus derechos humanos.



“Hay unas mujeres que no tienen como meta tener hijos temprano, sino superarse estudiando o trabajando.”

Rosario, 18 años.

- Me acompañé a los 12 años y tuve a mi primera hija a los 13. Mi compañero es 14 años mayor que yo. Ahora él tiene 32 años, y yo 18. Yo decidí todo eso. Me enamoré de él y me acompañé. No lo pensé mucho. Yo me dije: Bueno, me voy a acompañar primero Dios todo me vaya bien.

La historia de Rosario empezó a los 12 años, cuando otras niñas juegan o estudian, cuando no tienen autonomía ni poder de decisión. A esa edad, ella tuvo pocas opciones y sin saberlo estaba normalizando un delito. Un adulto no puede estar con una niña. La ley señala la posibilidad de unión desde los 14 años, y con autorización de los padres.

Le dije a mi mamá que estaba enamorada, ella siempre me daba consejos, me decía que eligiera bien al hombre

para papá de mis hijos, que me cuidara, que pensara bien las cosas. Le dije que no importaba si ella quería o no quería, de todos modos yo ya estaba acompañada. “De todos modos ya decidiste”, dijo mi mamá, resignada.

Su actual pareja era vigilante, trabajaba cerca de su casa. Ella lo eligió porque antes estuvo observándolo, encontró virtudes en él: era educado, no estaba acompañado, no tenía hijos, no le faltaba el respeto, la trataba bien, con amabilidad.

Al principio, se mudaron a la casa de la madre de su compañero. La mamá le preguntó por qué se casó tan chiquita, ella le dijo estaba enamorada. **No hay remedio cuando una está enamorada.** Después de un año, y cuando ella ya estaba embarazada, se fueron a vivir solos.

Nadie decía nada, las relaciones entre menores y adultos están normalizadas en diferentes estratos en El Salvador. Su primera hija nació cuando Rosario tenía 13 años y su compañero 27. Era algo que Rosario quería. No tuvo complicación en el embarazo, tuvo un parto natural y le dio de lactar por dos años.

A pesar de ser una madre Rosario seguía siendo una niña. No sabía cocinar, no sabía hacer muchas cosas de una vida adulta de pareja.

- Yo podía cocinar pocas cosas, al principio. Entonces él me enseñó a hacer cosas. Él me ha enseñado muchas cosas. A nadar. Hasta a besar. Yo no sabía nada de eso, no podía.

La vida con su compañero mayor se basa en la admiración que ella siente por él. Le ha enseñado mucho de lo que sabe, vive, **pequeñas alegrías** con él. **A veces vamos a una presa, donde él pesca, llevamos una gallina, y comemos. A veces nadamos.**

Ahora, a los 18 años, cuando muchas jóvenes están apenas terminado la escuela, Rosario tiene dos hijas que cuida y también se siente responsable de su mamá.

- Mi mamá vive lejos, ella trabaja en una casa. Viene a verme cada quince días, o voy a verla yo. Cuando viene, me trae regalitos, pero le digo que no tiene que venir a

atenderme, que para eso soy yo. Le digo a mi compañero que cuando mi mamá esté viejita, me la quiero traer a vivir aquí. Lo que más me ha dolido, lo más triste hasta ahora, ha sido separarme de mi mamá, no tenerla a ella perennemente conmigo.

Rosario quiere que sus hijas estudien y se preparen. Aunque ella no contempla volver a estudiar, cree que la educación es importante.

No sabe bien qué quiere para ella porque para ella las edades tienen otra trayectoria respecto a otras mujeres. **En diez años pienso que voy a estar viejita, pero en realidad voy a tener 30 años, voy a estar joven. Quizás me voy a ver como la hermana de mi hija mayor.**

Tiene miedo de perder a su compañero o a sus hijas por la violencia, tiene miedo de que los maten. Es feliz de tener una familia, sus padres vivos, sus hijas y su compañero.

- Me gusta ser mamá. Pero no tiene que ser la misma historia para todas. Hay unas mujeres que no tienen como meta tener hijos temprano, sino superarse, superarse estudiando o trabajando.



Fotografía: Lucy Tomasino



José María Tojeira

Director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA

Al acercarnos a un caso como el de Gloria, lo primero que debemos tener es un profundo respeto. Se trata de una hija de la desnutrición y del hambre, nacida en una sociedad que desde que estaba en el vientre de su madre le ha ido negando el desarrollo de capacidades. Y sin embargo ahí está, con el deseo de que sus hijas caminen más allá de lo que ella pudo caminar.

El embarazo adolescente fue en ella inicio y desenlace de una historia sin futuro personal. Con una esperanza inculcada por sus seres más queridos: Consíguete alguien que no tenga vicios y que te dé de comer. La interrelación pobreza y embarazo adolescente es evidente. Con un esposo 28 años mayor, Gloria tuvo suerte. Al menos la cuida y no la maltrata, como sucede a tantas otras jóvenes de características semejantes.

Cuidar a las Glorias que pueblan nuestro país, niñas sumidas en la exclusión, el hambre y el olvido de sus derechos, condenadas al embarazo adolescente, resulta indispensable para un desarrollo humano digno.

Pasar de la niñez a la responsabilidad madura de la maternidad, muchas veces en medio circunstancias en las que la pobreza y la violencia se conjugan de múltiples maneras, no promete un futuro decente. Y en muchos aspectos puede equivaler a una condena. Prevenir, educar, proteger y defender a la mujer adolescente genera convivencia digna, igualdad de género, capacidad creativa de la propia sociedad. Olvidar, excluir o incluso maltratar a nuestras adolescentes nos condena al subdesarrollo moral y económico. No podemos olvidar la dignidad de quienes tienen la misma e igual dignidad.



“Escases. Pobreza. El tránsito de la vida por un círculo que se reinicia, sin fin.”

Gloria, 20 años, dos hijos.

Hay quienes no tienen nada, pero tienen la imaginación. Pero hay quienes ni siquiera pueden gozar de la imaginación. Cuando la imaginación tampoco existe, no hay forma de vislumbrar –de imaginar, precisamente–, esperanza.

Gloria tiene 20 años, dos hijos, pero le cuesta mucho mirarse a futuro, pensarse como una mujer con sueños, con esperanzas. Le cuesta mucho mirarse como mujer, como una mujer en sí misma. Su identidad, su existencia se ciñe a la maternidad. Solo así cobra sentido. Antes, solo trataba de sobrevivir. Su vida está reducida al paisaje de toda su vida, en el que creció y en el que sigue viviendo.

En la zona rural los recursos son mínimos y las oportunidades escasas, una vida que depende de la siembra en una estación, de la pesca, en otra, y de la suerte lo que resta de tiempo.

Su primera hija nació cuando ella tenía 16 años, la segunda nació hace dos años. Su compañero es un pescador 28 años mayor que ella. Ahora él tiene 48.

- Cuando me acompañé con él, yo tenía 15 años, mis papás no dijeron nada. Ni por la edad. Mis papás me habían dicho que eligiera un marido que trabajara para darme de comer, que no tuviera que trabajar yo para mantenerlo a él. Me decían que tuviera cuidado también, porque hay muchos muchachos presos y sus esposas trabajan para mantenerlos a ellos en la cárcel y para mantenerse ellas y sus hijos. Yo no sé cuántas muchachas de por aquí tienen a los esposos presos, pero son varias.

Sus papás no dijeron nada porque tampoco le habían dicho mucho sobre la vida. La habían educado para que encontrara un marido que la supiera proveer, para que no

pasara hambre. Le habían dicho lo básico de la sobrevivencia. Sobrevivir, simplemente.

- Aunque él ya tenía hijos grandes, estaba solo cuando me junté con él. Como él ya tenía varones, no le molestó que tuviéramos dos niñas.

La mayor preocupación de Gloria no era estudiar o trabajar, su mayor preocupación era sobrevivir. Comer, no pasar hambre.

- Cuando vivía con mis papás, pasaba hambre. Éramos seis hermanos y la comida no alcanzaba. Mis papás también vendían pescado. Nosotros aguantábamos hambre cuando no había dinero, cuando estaban malas las ventas. Desde que estoy con mi compañero, no pasa eso. Aunque él no me deja trabajar, a veces lavo ropa para sacar para algún dinero, para alguna cosa, alguna comida, pero él no quiere que lo haga, dice que para eso está él.

La vida de Gloria pasó de la casa de sus padres, a la casa de su compañero. Sus hijos dependen de ella, y ella depende de su compañero. Pero no de ella misma, para saber quién es, qué quisiera de la vida. Es como una tromba de agua, un embudo que la lleva al mismo ciclo de vida de sus padres, y seguramente de sus abuelos. Un ciclo en el que la vida no

tiene caminos diferentes, ni en el espacio ni en el paisaje ni en los anhelos, y que a veces, arroja peces.

Han vivido únicamente de los peces. Su pareja los pesca en un lago artificial. No hay otra forma de imaginar la vida porque precisamente no la hay para ella. Gloria estudió hasta 5° grado, su pareja no estudió nunca. **Solo sabe poner la firma**, dice Gloria.

- Dejé de estudiar porque a mis papás no les alcanzaba el dinero para los cuadernos, todos mis hermanos estudiaron hasta 5° grado. Él no sabe leer ni escribir. Pero como es pescador, sabe hacer las cuentas de lo que vende.

- ¿Qué ha sido lo más bonito de mi vida? Yo digo que nada, quizás lo más bonito sea haberme juntado con el papá de mis hijas. ¿Cuáles son mis sueños? No sé tampoco. ¿Cómo me veo en 10 años?, No sé, mis hijas ya van a estar grandes... ¿Qué quisiera yo? Trabajar, quizás.



Fotografía: Lucy Tomasino



Margarita O'Farrill

Mujer profesional y madre

Sin estudios, sin identidad oficial, con una economía precaria y madre a los 14 años, Arely interpela con su historia los principios básicos de la ley LEPINA, el discurso de que ella podría exigir tener acceso a ejercer sus derechos. Arely es la medida del avance del país en materia de derechos humanos.

Para Arely, la escuela fue opcional, la maternidad no.

Los momentos más felices de su vida los ha pasado jugando en el río en compañía de sus amigas, de su hija y su hijo. Cuando le tocaba ser protegida y soñar cómo construir su futuro, inició una maternidad temprana que la sitúa como cuidadora a tiempo completo.

Dice que no ha sufrido violencia. Ser madre adolescente, ver morir a su abuela ahogada por falta de acceso a la salud, no contar con documento de identidad y seguir atada a trabajos feminizados con muy baja remuneración para ella son condiciones de la vida que le tocaron.

Ninguna institución del Estado, ninguna persona de la comunidad o su núcleo familiar la guió para un desarrollo integral. El contacto físico, la ternura, el placer no fueron un derecho que Arely ejerció progresivamente, solo a través de la sexualidad genitalizada pudo sentirse importante, amada, deseada. Por muy poco tiempo, después nuevamente el abandono.



“La vida en un círculo de pérdidas, incluida la identidad.”

Arely. 22 años, dos hijos.

El mismo año que Arely fue mamá por primera vez, quedó viuda y quedó huérfana. No había cumplido los 15 años.

- El papá de mi hija desapareció antes de que la niña cumpliera un año. Quedé como viuda, sigo sin saber si murió, si lo mataron o no. Él desapareció. Lo desaparecieron. Yo digo que lo mataron porque ya pasaron siete años y nadie sabe nada de él. Ni su familia.

La historia de amor duró poco. Eran adolescentes, 14 años ella, 15, él. Se juntaron en la casa de los padres de él, luego se mudaron con la abuela de Arely. El embarazo fue inmediato, las pérdidas también.

- Él quería tener un hijo, así que nos salió la niña. Cuando la niña estuvo más grande, yo me resigné a pensar que el papá estaba desaparecido, que lo habían

matado, pero nunca apareció nada de él, ni el cadáver. Despuesito, murió mi abuelita. Ella tenía asma, se ahogaba mucho, no podía respirar, le dio un paro respiratorio. Quedé huérfana.

A Arely la crió solo su abuela. Su papá y su mamá se separaron cuando Arely era pequeña.

- Mi papá vive en otro departamento, con otra mujer. Mi mamá se fue con otro hombre, que ahora es su esposo. El hombre no la quiso con una hija y entonces ella me dejó. Ahora ella tiene dos hijas con ese señor. Sí, yo la conozco, viene a verme de vez en cuando, pero yo no siento nada por ella como mamá. Mi abuelita era una mamá para mí.

Arely está sola. Ha tenido tres compañeros y dos hijos. No tiene familia, ni una red de afectos que la proteja. De su

segunda pareja, solo le quedó el abandono.

Me enamoré de otro muchacho de mi edad y quedé embarazada. Él no andaba en tan buenos pasos, tuvo problemas con las pandillas. Su familia y él se fueron huyendo. No volví a saber de él. Pero antes de huir me dijo que no se iba a hacer cargo del niño. La abuela vio al niño una vez y le dio cinco dólares. Después, nada. El niño solo lleva mi apellido. Ese es otro problema.

Arely no tiene identidad. No tiene DUI –Documento Único de Identidad-. Su mamá la asentó en una alcaldía, su papá en otra, tiene dos partidas de nacimiento. **En una, tengo el apellido de mi mamá, en otra, el de mi papá. Por eso es que no puedo sacar el DUI.**

La historia es cada vez más intrincada. Sin familia, sin identidad. Sin dinero. Arely no tiene trabajo, a veces lava ropa, y en promedio gana de tres dólares por lavada; los fines de semana, le pagan cuatro dólares por una noche echando pupusas. El dinero no alcanza. En la alcaldía le han dicho que para poder sacar el DUI tiene que pagar un abogado para hacer un juicio de identidad y tener una sola partida de nacimiento. Pero no puede pagar.

Aunque tener identidad es un derecho, claramente el caso de Arely demuestra que no es un derecho para todos.

- Por no tener identidad he perdido muchas cosas. Ayudas, víveres, semilla mejorada, subsidio del gas. Es una pérdida,

porque con la semilla mejorada, aunque una no tenga tierra, consigue el terreno y trabaja la tierra. Pero yo no puedo tener nada porque no tengo identidad. Si tuviera, pudiera conseguir trabajo. Aunque estudié hasta segundo grado, a lo mejor puedo trabajar en una fábrica.

Aquí choca nuevamente con la imposibilidad: tiene que trabajar para ahorrar para poder sacar DUI, pero sin DUI no puede conseguir trabajo. La imagen es la de un toro golpeándose contra la pared. Una pared de lámina. La vida de Arely es absolutamente precaria. Y desolada. Hasta ahora, con su tercera pareja, tiene compañía. Pero no abunda sobre él, salvo por el miedo a una nueva pérdida.

- Cuando perdí al papá de la niña, yo me preocupaba pensando qué iba a hacer con ella. Cuando me abandonó el papá del niño, la gente me juzgaba, me preguntaba cómo iba a hacer. Pero eso ya no importa, lo que diga la gente no importa. Mi sueño es estar siempre con mis hijos y permanecer con mi nueva pareja hasta que la muerte nos separe.



Fotografía: Lucy Tomasino



Laura Aguirre
Socióloga e Investigadora

La historia de Marisela me hizo recordar una pesadilla recurrente durante mi niñez. Yo, muy pequeña, estaba en un lugar cerrado, vacío y completamente a oscuras. Corría de un lado a otro, desesperada buscaba y llamaba a mis papás. Despertaba justo en el momento en que realizaba que me habían abandonado, que estaba sola. Marisela es mi pesadilla hecha realidad. Ella es la representación encarnada del desamparo en el que viven miles y miles de niñas en El Salvador.

Marisela, forzada a crecer de repente por un embarazo precoz, en una convivencia de pareja no deseada, sin poder estudiar y ahora sin tan siquiera poder moverse de su casa y amenazada de muerte por la pandilla que gobierna su colonia, demuestra que la niñez en El Salvador es una mentira para muchos.

Nacer niña y dentro de un entorno de pobreza económica se ha convertido prácticamente en una condena. Una condena a sobrevivir como se pueda, abandonada por un Estado y una sociedad que siguen apostando por medidas represivas que han resultado simplistas para resolver problemas complejos.



“El carcelero de la violencia.”

Ella, en cualquier lugar de San Salvador, prefirió omitir edad, nombre o seudónimo.

19 años, dos hijos.

No nos metemos con nadie, dice ella.

Y vuelve a repetir: **No nos metemos con nadie**.

Ella está sentada en una unidad de salud, en una zona suburbana. Vive en una colonia dividida entre dos pandillas. Salió de su casa con riesgo de vida, la pone en riesgo incluso visitar la unidad de salud para vacunar a su hija de un año.

No dice su nombre, tampoco elige un nombre ficticio. Es callada, reservada, se enuncia. A su alrededor hay ruido, su hijo, de cuatro años, juega, otros bebés lloran. Su hija está lactando de su pecho y su vida se resume así: tiene 19 años, dos hijos, tuvo dos parejas, la violaron dos hombres de su familia, su padrastro, y el padrastro de su madre.

No tiene amigas. **Realmente no tengo amigas, no me llevo con nadie. Tengo unos problemas que es mejor estar así, sola.**

Está amenazada de muerte, dos veces también. La primera amenaza de muerte se la hizo el padre de su hijo. La

segunda amenaza se la hicieron *los bichos* de la pandilla. Su cuerpo y su maternidad fueron tratados como un territorio. Está condenada a muerte porque parió. Porque tuvo una hija con otro hombre.

El padre de su hijo le dijo que no podía perdonarle que tuviera una hija con otro hombre. Los muchachos de la pandilla creen que el padre de su segunda hija es parte de la facción contraria. La colonia donde vive está trazada por pasajes, la mitad de los pasajes es controlada por una pandilla, la otra mitad por la pandilla enemiga. Así como está controlada la colonia, está controlada su vida. Los bichos de la pandilla le han mandado a decir que debe comprobar que su hija no tiene un padre de la pandilla contraria, si no, la matan. Pero en realidad, iban a matarla desde el embarazo.

- **Yo estoy viva de milagro. El papá de la niña la fue a asentar a la alcaldía. Pero los muchachos están clavados. Me mandaron a decir que cuando yo estaba embarazada de la niña ya estaban dispuestos a matarme. Un día yo**

estaba sentada en una grada, afuera de la casa, esa vez iban a matarme. Después supe que el muchacho dijo que no lo hizo porque pensó en la familia de él.

Todo eso se lo guarda. Su mamá sabe que está amenazada de muerte, pero nada más. **No le tengo confianza como madre para contarle una cosa así. Yo soy bien callada.**

El silencio se crea a partir de cómo le fueron quitando la voz. El silencio comenzó muy temprano en su vida. A los cuatro o cinco años, no lo recuerda bien.

No conoció a su padre, al que conoció fue a su padrastro. Cuando era niña, su madre se acompañó con otro hombre. Por las noches, su padrastro dejaba el lecho de casado e invadía la cama de la niña. La tocaba contra su voluntad, la penetró, la violó. Ella nunca le dijo a su mamá. Nunca dijo nada. Después, su madre la mandó a vivir con su abuela. Entonces, el abuelastro, con la misma operación del padrastro, se pasaba por las noches a su cama. **Ese señor también abusó de mí.**

Le arruinan la vida a uno. Ellos solo se dan el gusto de tocar a una niña. Pero a uno le queda el sufrimiento para toda la vida, eso no se olvida.

A los 15 años quedó embarazada. Su novio no sabía que había sido abusada constantemente cuando era niña.

- **Tuve problemas con el papá del niño. Él me preguntaba por qué yo no había desangrado cuando perdí la virginidad, que si él era el mi primer esposo. Realmente para mí, él era el primero. Porque antes había sido a la fuerza, ellos me obligaban. En cambio con él, yo sí lo quería hacer.**

Su novio puso, al principio, en duda la paternidad. Le pesaba demasiado que ella no hubiera sangrado, ella seguía sin contar nada. Cuando se mudaron a la casa de los suegros, su novio no quiso tener una relación formal,

ella lo dejó y regresó con su madre. Meses después, su novio cayó preso. No tuvieron contacto, ella pensó que él la había olvidado. Conoció otro muchacho, se enamoró, volvió a quedar embarazada.

Los hombres son los que deciden las vidas de las mujeres en historias como las suya. Deciden sobre su cuerpo. **Los hombres que presionan a las muchachas para tener relaciones y embarazarse no se fijan en los sufrimientos que les dejan a las muchachas hoy en día. Los padres un día son, después no son**, dice.

También deciden sobre el espacio en el que pueden estar, qué calles cruzar, a qué horas salir. **Yo solo en ese pasaje puedo estar. No puedo salir. Yo no salgo de mi casa. Realmente tengo una situación bien complicada.**

No puede estudiar de nuevo, no puede trabajar. No puede estudiar porque para llegar a la escuela, tiene que atravesar muchos caminos, territorios que no le pertenecen. No puede trabajar, porque tiene un grado bajo de escolaridad, llegó a 7° grado. La única vez que trabajó después de que naciera su hija salía a las 4 de la mañana de su casa, cuando estaba muy oscuro, para que no la vieran salir. Volvía a las 7 de la noche, para que tampoco la vieran llegar. **Es el territorio del que no puedo pasar.**

No quiere volver a tener pareja porque tiene miedo que ese nuevo hombre abuse de su hija, y tampoco puede tener pareja porque sería un riesgo mayor para su vida. **Quiero tener un trabajo para salir de esa colonia, porque ya no quiero vivir ahí.**

Pero después del anhelo regresa a la narración multiplicada del encierro. Un laberinto que es su propia casa. No puede buscar trabajo, porque no puede salir del pasaje. Está ahí, siendo, nada más, madre. Una madre que puede morir, precisamente, por ser madre.



José Jorge Simán Jacir

Amigo Distinguido del PNUD

Todas las personas conciben su hogar y su familia como un espacio de amor y de protección, en el que sienten seguridad y apoyo. En muchas ocasiones, tener una familia que te cuide y te proteja tiene mucho más valor que vivir con comodidades. Lamentablemente, muchas niñas salvadoreñas se enfrentan a la agresión sexual y al maltrato físico dentro de su espacio familiar y por parte de sus padres o familiares cercanos. Y lo más nefasto es que no son pocos casos y que no tenemos conciencia de nuestra responsabilidad para contribuir a evitarlos.

Carolina es solo uno de esos casos. Apenas a sus 10 años, asediada por su propio padre, sin una madre a quien recurrir, con su hermana que ya es una víctima de su progenitor y una sociedad en su contra, ¿qué opciones tiene?

¿En quién y adónde se supone que una niña de 10 años debe encontrar refugio y amor con todas las puertas cerradas?, ¿cuáles fueron las responsabilidades que Carolina a sus 10 años no cumplió?, ¿merece Carolina ser culpada por tener que cuidar a tres niños a sus 19 años? Sectores de la sociedad la consideran responsable de su situación, y otros, víctima de una sociedad que no es capaz de proteger a las niñas de la violencia sexual.

Para Carolina, la escuela y los juegos no eran una prioridad como podría esperarse en una niña de su edad. Su prioridad fue escapar de la violación y el sufrimiento. ¿Qué oportunidades tendrá Carolina en la vida y hasta dónde podrán llegar sus aspiraciones en un entorno que le ha enseñado que ella no tiene derechos? Como salvadoreños tenemos la obligación de no ver como normal el embarazo en niñas adolescentes, y contribuir a que la familia y las escuelas se transformen verdaderamente en espacio seguros para las niñas adolescentes en cada rincón de nuestro país.



“Me acompañé a los 14 años, para huir de mi papá.”

Carolina, 19 años, dos hijos.

La historia de Carolina es la historia de varias niñas en El Salvador. Por horrorosa, es común.

- Me acompañé a los 14 años, para huir de mi papá. Dejé de vivir con él, cuando tenía diez años. Mi mamá tuvo cáncer, murió antes de cumplir 30 años. Cuando dejé de vivir con mi papá, ya no tenía mamá.

Carolina es la menor de sus hermanos. Su hermana mayor es hija de otro padre. De hecho, ahora es la pareja del papá de Carolina. **Después de que murió mi mamá, se quedaron viviendo juntos. Como marido y mujer.** Su hermana mayor no la apoyó cuando contó lo que hacía su papá.

- Mi abuela fue la única que creyó que mi papá quiso abusar de mí. Cuando mi mamá estaba enferma, cuando se estaba muriendo, me dijo que mi hermano –hijo también de mi papá– y yo teníamos que cuidarnos. También me dijo que si mi papá no nos quería, nos fuéramos de la casa, que nos fuéramos a la casa de unos tíos para que nos cuidaran. Pero yo no me acuerdo de esos tíos, los vi una vez, y cuando murió mi mamá no nos buscaron.

La red familiar de Carolina era mínima. Su abuela y una tía. Para la mayoría de adolescentes embarazadas su red familiar se reduce a su vida de madre, es decir, sus hijos se convierten en su única red, pero como elemento dependiente. La crianza recae en ella. Muchos de los hombres huyen después de embarazarlas. Muchos de ellos, son mayores que ellas, huyen de un delito. Muchos de los jóvenes, huyen para tener juventud. Ellas están solas. Como cuando Carolina vivía con su papá.

- Mi papá quiso abusar de mí por primera vez cuando yo cumplí 10 años. Yo le dije que no podía hacerme eso porque era mi papá. Yo sabía que lo que él me quería hacer no era bueno. Eso lo aprendí en la escuela, el profesor nos decía que a nosotros no nos podían tocar, mucho menos el papá, que eso era malo. Yo huía de mi papá y hacía todo por no verlo. Pero él me seguía, me atajaba por el camino, yo corría.

- Vos vas a ser mía.

- Yo no, yo soy su hija. Le decía cuando lograba escapar. Ella quiso denunciar, pero nadie le creyó. A los 10 años,

tenía una noción de denuncia porque sabía que los casos de violación de niñas eran comunes en su entorno. Pero, precisamente por comunes, estaban normalizados. Y por normalizados, nadie denuncia.

- Aquí en la zona hay un montón de casos así. Yo les digo a las niñas que no dejen que los papás las vean cuando se bañan, porque empieza eso. Un vecino quería abusar de su hija, porque la niña dormía con falda. Cuando la mamá supo se llevó a la niña y lo dejaron.

Cuando Carolina contó que su padre quiso violarla, él dijo que era mentira. Su hermana mayor también dijo que era mentira. Los vecinos tampoco creyeron. Y en la escuela tampoco sentía amparo. Su abuela tenía miedo.

- Mi abuela decía que si yo seguía yendo a la escuela, mi papá me iba a agarrar ahí, entonces dejé de ir a la escuela. Cuando ya nos habíamos ido con mi abuela a donde una tía, también tenía miedo de mi papá. Entonces, me acompañé.

En muchos casos de abuso, las niñas y las adolescentes deciden acompañarse para huir de la violencia, o para evitarla, como Carolina. Quieren sentirse auxiliadas, protegidas, cuidadas. Carolina se acompañó con un hombre de 31 años, ella tenía 14. Su cortejo fue el despertar del deseo, pero por encima del deseo propio, la necesidad de recibir protección, atención, amor, regalos.

- Él me cortejó por más de un año. Me decía cosas de esas que a una le hacen enloquecer, me da pena repetir. Me regalaba cosas, me llevaba peluches, unas flores bien bonitas, después me compró dos celulares.

Su pareja había tenido un hijo antes. Carolina se acompañó y se hizo cargo del niño que ahora tiene nueve años y ella lo cuida. A los 19 años, tiene varias responsabilidades.

Estoy criando a mis hijos, de cuatro y un año, y al hijo de él. Vivimos todos en la misma casa, con mi suegra. Él era buen papá, pero desde hace un año no lo vemos. Su pareja está en prisión, en bartolinas, en espera de

condena. Carolina, que vive en un cantón, viaja todos los días hacia el pueblo, a las bartolinas del penal. Pero no lo ve. No se puede ver a nadie. Entonces le deja la comida diaria, los tres tiempos, y ropa limpia, le entregan la ropa sucia y regresa a su casa para lavarla y tenerla lista para el día siguiente.

Todos los días, salgo del cantón a las 7 de la mañana, y me voy en bus al pueblo. No ha pasado al penal porque no le han encontrado nada. Y yo sé que no se lo van a encontrar, porque él no ha hecho nada. Dios hace esa clase de milagros, yo tengo eso claro.

Su pareja fue acusado de colaborar con las pandillas. En la zona, dice Carolina, no hay pandillas. La policía llegó en la madrugada, lo sacó del cuarto. Su pareja era el sostén hegemónico de la casa. Su suegra no trabaja, tampoco ella. Antes de la captura, su pareja le decía que siguiera estudiando, que la apoyaría cuando los niños estuvieran más grandes.

Yo también pensaba que podía seguir estudiando cuando los niños estuvieran más grandes. Todavía veo a mis amigas de la escuela, unas terminaron el bachillerato, otras llegaron a noveno. Pero ahorita no puedo porque solo en pagar las cosas para él hago un gran gasto, y no tengo trabajo, saco un poco de lavar ajeno y de vender las hojas de huerta y los limones de las plantas de la finquita. Pero no da para comer.

Desde que él está en prisión su vida ha sido precaria. Regresa del pueblo a las dos de la tarde, para dar de comer a los tres niños, lavar la ropa ajena y jugar con ellos. Así hasta la noche, cuando prepara la ropa y la comida. Al día siguiente, en la madrugada comienza la rutina.

No tengo más familia. Mi familia son mi compañero y mis hijos. Y a mi papá no quisiera volver a verlo nunca.



Byron Sosa

Periodista

Las limitantes que hay en nuestra sociedad, que se siguen generando y replicando, son las que continúan truncando sueños, objetivos y metas de niñas, adolescentes... de las mujeres. Atrás de todo lo que han vivido: irresponsabilidad del padre o la madre que las engendró, está la deformación de la sociedad en la que vivimos y su falta de compromiso con la niñez y adolescencia, donde lo que está mal es pasado por alto y el exigir los derechos es muchas veces considerado un acto de rebeldía o de ir contra la corriente: acá no debe tener cabida lo político, lo religioso, acá deben imperar los derechos de las niñas y las adolescentes.

Conocer la historia de una joven de 19 años, con un hijo de cuatro años, que durante sus casi dos décadas de vida no contó con la ayuda de su padre -al cual tuvieron que “topar” para que le pasara una cuota-, que sus anhelos de superación educativa y personal se vieran frustrados y que tenga como compañero de vida a un hombre de 50 años... me da tristeza, cólera... me indigna y me hace pensar ¿por qué no actuamos como sociedad y detenemos este flagelo que viven las niñas y adolescentes de El Salvador? ¿Somos, quienes no actuamos a favor de ellas, también partícipes de esta violación de sus derechos?

La unión que mantiene con este hombre de 50 años es un caso típico que viven niñas de 10 años en adelante -a veces menos-, en la que muchos hombres las ven como aptas para tener relaciones sexuales, procrear y hasta como seres aptos para el trabajo. La ley es clara: el que tuviere acceso carnal por vía vaginal o mediante engaño con personal menor de 15 años y menos de 18 años de edad, será sancionado con prisión de cuatro a diez años; es decir, comete una violación, pero se siguen dando problemas en la aplicabilidad de la ley. ¿Hasta cuándo, El Salvador? Hacerles valer sus derechos no es libertinaje, es permitirles que sean ellas, seres humanos plenos y que exista en nuestro país una verdadera igualdad de género.



“Mi compañero ahora tiene 50 años, yo tengo 19 años.”

Gloria, 19 años, un hijo.

Gloria es tajante. Decidida. Habla poco, pero habla claro. Tiene talante de una mujer recia. Todos los días maneja un camión, que es su negocio y su patrimonio. Hala tierra de ladrilleras y hace viajes para entregarla a diferentes compradores. Su pareja, 33 años mayor que ella, le regaló el camión. Como fuente de trabajo. Pero ella apunta: **Soy yo quien administra mi dinero y mi negocio con el camión. Tengo un hijo de 4 años y medio, y todo mi trabajo es para su futuro. Lo guardo para sacarlo adelante.**

Gloria se juntó a los 14 años con un hombre mayor que ella. Tuvieron un hijo, que está por cumplir cinco años. A pesar del embarazo terminó la escuela y el bachillerato.

Luego, sacó la licencia de carga pesada para manejar su camión. Ahora, quiere inscribirse en la academia de seguridad pública. Quiere ser policía.

De su pareja habla poco y en plural.

- Mi compañero ahora tiene 50 años, yo tengo 19 años. Los dos trabajamos y tenemos responsabilidades repartidas en la casa. Mi compañero tiene un terreno y vive de las rentas y las ventas de terrenitos. El camión es suyo, él me enseñó a manejar y me explicó el negocio.

En la escuela, fue discriminada.

- Los maestros me dijeron que no podía seguir estudiando porque iba a tener un hijo. La directora me dijo que como ya tenía un niño, tenía que buscar otra cosa. Decidí tener a mi hijo y después volver a estudiar, eso significó perder el año según el programa.

Entonces, decidí estudiar a distancia los años que me faltaban. Así me gradué de bachillerato, hice la PAES, saqué mi DUI y mi licencia de manejo. Yo quería seguir estudiando, aunque fuera mamá.

Lo poco que habla de su pareja es una inspiración para ella, es una fuente de autonomía. Le permite hacer lo que quiere, como estudiar y trabajar. Aunque, a veces, matiza, le pide que no haga todo lo que quiere hacer. Como estudiar en la Academia de Seguridad Pública. Tiene miedo de que yo entre a la Academia, por los tiempos, que están muy violentos. **Tiene miedo de que me pase algo, pero yo no tengo miedo. O que estudie medicina. Si le digo a mi compañero, me apoyaría, pero por ahora quizás no esté de acuerdo, porque el niño pasa conmigo y le gusta seguirme a todas partes. Pero yo sí quiero seguir estudiando.**

Mientras maneja, su hijo la acompaña. Le gusta viajar en el camión cuando no va a la escuela.

- Desde que mi hijo nació, mi forma de pensar cambió. Ahora pienso diferente, con más madurez para cuidarlo, para ponderarlo. Todo lo que pienso, o lo que hago, lo impulsa mi hijo.

Porque necesita mucha fuerza. Sus recorridos son largos y en algunas zonas en disputas por pandillas, o cruzadas por otras violencias propias de la zona. En el mismo lugar en el que cuenta su experiencia como madre adolescente, ocurrió un asesinato tiempo atrás.

Ella tiene que luchar contra la cotidianidad, a veces, tiene que negociar los territorios que cruza y lo hace con respeto y precaución. Dice que jamás ha estado en riesgo de algún peligro o violencia. Ni en su casa, ni en la escuela, ni con su compañero. Es prudente y valiente. Solo en la carretera se permite ver atrás. En la vida, nunca.



Fotografía: Lucy Tomasino



Yeymi Muñóz

Directora Instituto Nacional de la Juventud

El caso de Marcela, quien retomó los estudios, es una de las tantas situaciones de niñas y adolescentes que ocurren con frecuencia en nuestro país y que muestran una clara vulneración de derechos humanos. Debemos reflexionar, desde un enfoque de derechos, qué hacemos o dejamos de hacer como ciudadanos y desde los roles que tenemos en la sociedad.

Toda persona, es decir, hombre y mujer, en cualquier etapa de la vida, cualquiera sea su condición social, económica y religiosa, no puede ser sujeta de discriminación; somos IGUALES; así como lo establece nuestra Constitución de la República.

Niñas que sufren de abuso sexual, frente a un silencio cómplice de su entorno inmediato que se justifica y se naturaliza, por el solo hecho de ser niña. Adolescentes que deben postergar sus estudios por embarazo y para criar a sus hijos. Estas y otras condiciones limitan las posibilidades de poder soñar, de tener aspiraciones en las niñas y adolescentes salvadoreñas; es decir, alcanzar un desarrollo integral, una vida digna y alcanzar el máximo de bienestar.

Esta historia de vida pone en evidencia una concreta y visible situación de violación de derechos, de patrones culturales que requieren cambios profundos. Debemos fomentar una verdadera apropiación de los derechos en niñas y adolescentes, como Estado y ciudadanos cumplamos con las obligaciones de respetar, proteger y cumplir.



“Estudiar me distrajo de ese dolor tan grande.”

Marcela, 21 años, un hijo.

Marcela quedó embarazada en su último año de escuela. Se había acompañado antes de graduarse. Su pareja era apenas un año mayor que ella, trabajaba como albañil. Tienen cuatro años juntos, se casaron hace un año.

Su hijo nació el mismo año en que sus demás compañeras se graduaban de bachillerato. Su pareja la animaba a que terminara la escuela, ella también quería. Pero, aunque en ese momento quería, no pudo volver.

- Dejé de ir a la escuela porque la gente crítica. Me dijeron que una estudiante embarazada tiene que dejar de ir a la escuela. Yo pensaba que iba a tener un hijo y mis compañeros y mis profesores no me iban a ver bien. Entonces, me resigné y me desanimé.

La red familiar Marcela está compuesta por su pareja y su madre. Ella fue quien la apoyó a seguir estudiando. **Tener un hijo es como tener ninguno, decía mi mamá. Lo que quería decir ella es que aún con un hijo todo se puede.**

La mamá de Marcela trabajaba como ordenanza en una escuela de niñas, ella insistía en que estudiar es importante.

Las maestras de la escuela donde trabajaba mi mamá me apoyaron. Así es como terminé el segundo año de bachillerato, gracias a Dios.

Marcela terminó el bachillerato en otra escuela. El bachillerato nocturno. A su primera escuela no volvió a pesar de su ímpetu. La propia directora le dijo que ya embarazada no tenía nada que hacer. La discriminó. Ahora, Marcela sabe que eso es discriminación. Entonces no lo sabía y pensó que la directora estaba en lo correcto. Sobre ella estaba cernido el estigma de perder el futuro al embarazarse joven.

Aunque en la mayoría de casos las adolescentes embarazadas se ven obligadas a abandonar la escuela Marcela tenía un ímpetu que la hizo romper la tendencia. Tiene muy claro que la vida es lucha.

- Lo importante de estudiar es que una puede superarse, tener más oportunidades de trabajo, ayudar a la pareja y contribuir los dos a la familia. Hay muchachas que piensan que se trata de acompañarse y ya, de tener hijos y ya, pero no. Se trata de luchar.

Es madura y decidida. Se acompañó a los 17 años, muy enamorada pero sin utilizar algún método de planificación familiar. **El embarazo fue de presto, inesperado. Nosotros no nos preparamos para nada, no planificamos. Pero cuando pasó, asumimos las consecuencias de nuestros actos, le hicimos frente.**

Así como sacó adelante los estudios, así ha sacado adelante su vida como madre. Los planes de Marcela son trabajar con su pareja para sacar adelante a su hijo y su familia. Para ella, la familia es una figura clara, es una red, se traza, se enlaza, y sobre todo, es un espacio para sostenerse, para resistir. **Acompañarse es una relación de esforzarse mutuamente. Se trata de luchar los dos para construir la pareja, así como se construye la casa,** dice.

Ha luchado siempre. Antes de embarazarse, luchó contra dolores tremendos. Y lo hizo a través de la escuela.

- Yo he superado muchas cosas, todo lo que he querido, lo he logrado. Cuando yo tenía diez años, mi padrastro me violó. Yo fui abusada por él desde los diez hasta los once años.

Marcela le dijo que lo iba a denunciar, pero su padrastro la amenazó. Entonces le dijo a su mamá, y al principio no le creyó. **Estaba cegada por él, ignoraba lo que pasaba, no me creía.** Después, su madre le creyó y dejó a su pareja. Se fueron de la casa. Años después, arrepentida, ella me pidió perdón. **Yo, como hija, la perdoné. Pero fue triste que no me creyera desde un principio.**

Ese tiempo fue doloroso. Marcela tenía miedo, tenía tristeza, tenía dolor. Un trauma, dice. **Es como una herida que le queda a una adentro. Y a medida que va pasando el tiempo, una lo supera.**

Marcela lo superó en la escuela. Estudiando. **Yo me concentré en la escuela, me enfoqué en estudiar, pasaba mi mente ocupada haciendo tareas. Estudiar me distrajo de ese dolor tan grande.**



Christian Salazar

Coordinador Residente del Sistema de Naciones Unidas en El Salvador

La historia de Raquel es muy dura. Sé que muchas jóvenes salvadoreñas viven una situación similar: una vida llena de violencia, pobreza, embarazos tempranos y abuso sexual. La dignidad y los derechos humanos de millones de niñas y mujeres están siendo amenazados y atacados, día a día, incluso en el seno familiar. No podemos permitir que esto siga sucediendo.

Al mismo tiempo, me impresiona la fuerza con la que Raquel sigue adelante, cómo se sacrifica por sus niñas y anhela una vida mejor para ellas. No pide mucho, solo lo más básico – educación, comida, respeto. Pero esto, aunque es poco, parece casi inalcanzable.

Su historia nos desafía. Tenemos que trabajar para cambiar su realidad y la de tantas niñas y mujeres que no tienen la oportunidad de vivir una vida digna.

Por eso apoyamos la Agenda de Desarrollo Sostenible 2030, con sus 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible. Estos objetivos demandan que el Estado y la sociedad inviertan para mejorar las condiciones de vida de todas y todos los salvadoreños, con un enfoque especial en la igualdad de género, en el combate a la discriminación y en la lucha contra la impunidad de cualquier acto de violencia contra la mujer. Tengo la certeza de que Raquel y sus hijas pueden tener una vida mejor, si el Estado y la sociedad salvadoreña priorizan los derechos de las mujeres y actúan con la convicción de que no debemos dejar a nadie atrás.



SAN VICENTE

“Antes de que mis hijas aguanten hambre, prefiero hacerlo yo.”

Raquel, 21 años, dos hijas.

Vivir a orilla de la carretera. Una línea que divide lo posible de lo imposible. Posible e imposible a la vez, una casa.

Raquel vive en una casa de lámina a la orilla de la carretera Panamericana. La casa tiene dos cuartos, en uno duermen sus hermanitas; en otro, su familia: su compañero, sus dos hijas y ella. Duermen en una hamaca y en una cama. Es la primera vez que Raquel, de 21 años, tiene una casa.

Antes, vivió en la indigencia con su mamá y su abuela.

Es la primera vez que Raquel tiene una familia y una casa. Y perderá la casa, la posibilidad de un hogar.

- Llegamos a este terreno después de vivir en la calle. Cuando yo estaba chiquita, mi mamá, mi abuelita y yo anduvimos en la calle. A veces íbamos a la casa de una tía para que nos diera dónde dormir y ella no nos recibía, entonces buscábamos una casa sola y dormíamos afuera, en un corredor. Pasamos frío y pasamos hambre.

El terreno es nacional. La casa no tiene agua ni luz. En la noche, se ilumina con candelas y candil. Una vecina le vende agua, paga tres dólares el mes. La señora le asegura que el agua es solo para lavar, pero ella la usa para sus hijas, para mantenerlas limpias, para lavar su comida, tenerlas sanas. **Para ahorrar, lavo en el río.**

El río está lejos de su casa. Para lavar, lo propio y lo ajeno, Raquel espera a sus hermanas, de 15 y 13 años, cuando vuelven de la escuela. Les prepara la comida, ha asumido también esa crianza, pues su mamá trabaja en Santa Tecla. Sus hermanas la acompañan a lavar, y de esos viajes al río Raquel gana dos o cinco dólares, según el tamaño de la montaña de ropa.

Para mantener a su familia, Raquel ajusta días de dos, tres, cinco dólares. Esos son los buenos días. A veces, simplemente no hay nada. En ocasiones, nadie tiene trabajo, ni la madre de Raquel, ni su pareja. **Hemos aguantado hambre**, dice. Pero ella, quien conoce el hambre desde la infancia, tiene una persistencia contundente.

- Yo no quiero que mis hijas pasen hambre porque ya lo pasé y es triste y feo. Pero prefiero aguantar hambre yo antes que mis hijas. Como sea, los niños comen. Aunque sea con sopa de arroz, como dicen. Cuando no hay nada qué comer, vamos al río y pescamos unos pescaditos y con eso les hago sopa. Les hago sopitas de arroz, de cualquier hierba o verdura, pero no dejan de comer.

Una vida precaria empieza cuando ninguno de los miembros de la pareja ha terminado la escuela. Raquel se acompañó por primera vez a los 16 años, su pareja tenía 17. Él no había estudiado, ella había llegado a sexto grado. Él era corralero,

ordeñaba vacas y limpiaba chiqueros. Ella se dedicaba a todos los oficios de la casa y a sembrar. Así es la realidad para ambos, solo pueden trabajar con lo que les da la tierra. Pero Raquel siente que pronto perderá incluso eso. Hay una amenaza de desalojarla, una supuesta dueña del terreno quiere parcelarlo. Raquel insiste que con la construcción de la carretera, el terreno es nacional. Es ella quien se encarga de dar las vueltas para aclarar el proceso. Viaja a la alcaldía de la cabecera del pueblo, pregunta. Pero es tan poca su posibilidad de ser atendida, que siente que dentro de poco no tendrá nada.

El padre de sus hijas es su segundo compañero. Pero antes, a los 14 años, cuando Raquel se acompañó por primera vez no estaba enamorada. Huía.

- Me fui con él porque mi padrastro me violó desde que tuve 7 años y nunca dije nada. No le dije a mi mamá, me lo guardé, y la única vez que lo dije, fue hace poco, a una promotora de salud. Sentí hasta alivio.

Su primera pareja bebía mucho y fumaba marihuana. Era violento, la amenazaba.

- Él hablaba diferente, decía que me iba a agarrar a plomazos si me encontraba con otro. Yo no andaba con nadie, pero lo dejé y regresé a la casa de mi abuelita.

Era un hombre insistente. La buscaba, la seguía. Cuando se acompañó con su actual pareja, el primer novio volvió. La

amenazó porque se había embarazado de otro hombre. En su cabeza, Raquel le pertenecía.

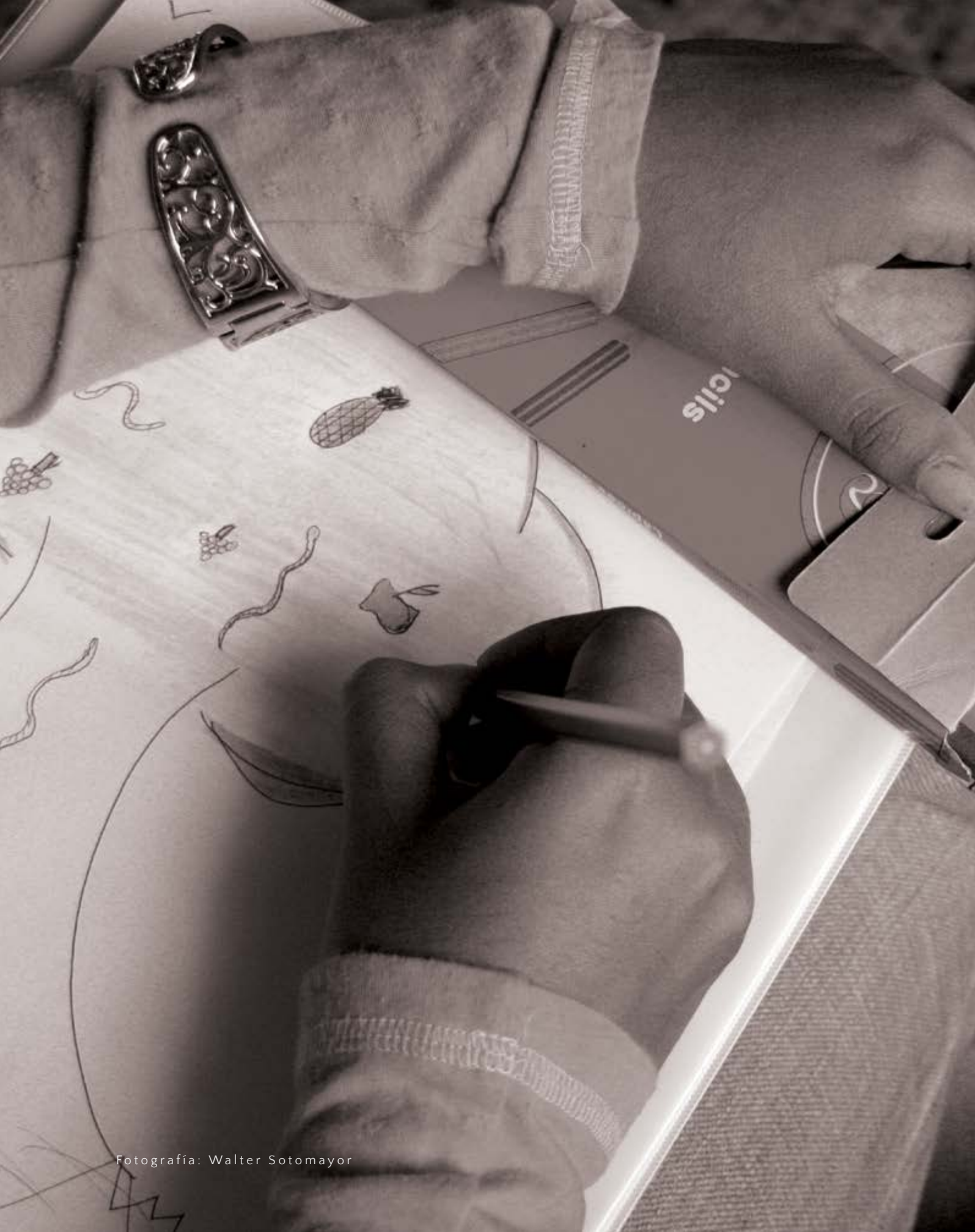
- Me dijo que iba a matar a mí y al papá de la niña. Que yo no podía estar con otro hombre. Hasta cuando la niña nació, seguía amenazándome. Al fin, hace unos dos años lo mataron

Dice Raquel que la pobreza es muy dura. Tuvo un embarazo de riesgo, que aumentó porque ella tiene problemas con la coagulación de la sangre y con las hemorragias.

- Yo tuve riesgo de que me diera derrame –cerebral cuando estaba embarazada de la primera niña. Por eso es que la niña nació enferma, tuvieron que hacerle una transfusión de sangre en el Hospital Bloom, en San Salvador. Estuvimos 15 días ahí.

Fue su primera vez en San Salvador (la capital). Ahora, el alcalde de su pueblo le ha dicho que solo ahí pueden solucionar su problema de desalojo, que él no puede ayudarla, que no tiene jurisdicción.

- No he podido ir a San Salvador porque no tengo para el bus y no tengo quién me cuide las niñas. Tengo miedo de que nos saquen de la casita, donde al fin estábamos asentados. No nos ayudan, yo digo que nos tratan mal porque nos ven así, pobres, de baja categoría.



Zaira Navas

Directora del Consejo Nacional de Niñez y Adolescencia

Rosario: Quisiera decirte que la escuela te estará esperando. Que tu voz repicará en las aulas; que los dibujos que pintabas en sueños, serán los trazos de la vida que tú decidas vivir. Que tendrás un compañero al que ames y que te ame. Que tu hija no vivirá el horror que tú viviste. Tu historia, Rosario, a pesar de todo aún puede ser distinta.

A Rosario le gustaba mucho ir a la escuela, todavía sueña con aprender y pone su esperanza en cuidar a su hija y enseñarle a cuidarse. Darle la oportunidad que ella no tuvo al ser niña, porque se hizo mujer sin advertir la infancia y la adolescencia. Huyó de su casa, de sus hermanos, de su padrastro; del ciclo de violencia que pasó por su hermana y su misma madre. Huyó de la familia que debió cuidar de ella. Estar con “el esposo”, como llama Rosario a su pareja, un hombre 28 años mayor, fue para esta niña a sus 12 años, la alternativa posible para romper con la violencia y el abuso. En sus palabras, “él la cuida” y “la trata bien”. Para sobrevivir, sin saberlo y sin más oportunidades, decidió unirse a un hombre al que ahora sirve y dejar sus sueños para ser madre y cuidadora.

Nacer niña y crecer para ser mujer significa para muchas de ellas la privación de sus derechos más esenciales. La vulneración extrema a su integridad y dignidad. Sin derechos sobre su cuerpo, sin voz, sin alguien que escuche, sin alguien que crea. Crecer con miedos, sin esperanza, huyendo para sobrevivir.

Para acabar con esta violencia y su naturalización, la educación de las niñas, niños, adolescentes, mujeres y hombres, es una tarea prioritaria e imposterable en El Salvador; y la protección de las niñas y adolescentes víctimas de la violencia sexual es nuestro deber más urgente.



“Mis hermanos intentaron abusar de mí, nunca me trataron como a una hermana.”

Rosario Guadalupe, 18 años, una hija.

Rosario Guadalupe se fue de su casa a los 14 años. Se fue con un hombre 28 años mayor que ella. Ahora él tiene 46 años, y ella 18.

Cuando Rosario Guadalupe tenía nueve años, su familia se mudó de cantón y conoció al padre de su hija.

- Él nos acompañaba a mi prima y a mí cuando nos mandaban a traer agua al río, nos llevaba el agua. Cuando él iba a la iglesia, nos invitaba y nos llevaba en su carro. Nos regalaba churros y nos compraba pupusas para cenar. Era bien atento con nosotras pero yo pensaba que éramos mejores amigos, nada más. Nunca me imaginé acompañada con él. Primero, por la edad. Yo no quería acompañarme con él por su edad, pero él siempre se ocupó de mí. Yo sentía que él era el único al que yo le importaba.

Él, quien era un hombre muy mayor, tenía claras las carencias y necesidades de Rosario Guadalupe. La proveía en todo.

La madre, que no podía, o no quería, proveerle nada, lo sabía. Entonces, usaba eso a su favor. **Decile que me dé tal cosa fiada, le decía la madre. Yo no puedo comprarte nada para la escuela, pedíselo a él,** decía también. Y Rosario Guadalupe, con pena a veces, lo hacía.

La relación de intercambio la puso como carnada. Ahora, años después, Rosario Guadalupe lo tiene claro con él.

Su historia es de violencia y abandono, todo en el único espacio de resguardo posible, la familia. En su casa, había una cadena de abuso sexual que iba rompiendo los lazos familiares, de forma tácita, de forma normalizada.

- Mis dos hermanas, mayores que yo, se acompañaron a los 13 años. Huyeron de la casa. Mis hermanos abusaron de mi hermana mayor y trataron de abusar de mí. Mi otra hermana se salvó del abuso porque se acompañó rápido. Cuando mis hermanas se fueron, solo yo quedé en la casa. Entonces mis dos hermanos mayores trataron de abusar

de mí. No lo lograron porque yo me resistía, luchaba para que no me maltrataran ni me quitaran mi virginidad.

Rosario Guadalupe luchaba contra sus hermanos, al menos diez años mayores que ella. Sus hermanos intentaron violarla varias ocasiones, eran violentos. A veces, subían volumen a la radio para que nadie escuchara los gritos de la niña.

- Alguna vez, mi mamá oyó ruidos en la casa y entró. Encontró a mi hermano queriendo abusar de mí, pero a la primera a la que le pegó fue a mí. Me pegó porque dijo que no grité. A mis hermanos les pegaba en la cara y los regañaba. Nada más.

Su mamá había normalizado el abuso. Para ella, era algo inminente.

- Mi mamá nos decía que a ella le había pasado también, que tenía la misma historia. Mis tías me han contado que le pasó por coqueta. Que ella siempre ha sido coqueta y a los 13 años se fue con un hombre. Pero él hombre no quería estar con ella, solo quitarle su virginidad. La dejó. Ahora vive con un viejito de unos 66 años, él también quiso abusar de mí.

Cuando su madre abandonó al último padrastro de Rosario Guadalupe, la envió a vivir con una tía. En esa casa, Rosario Guadalupe hacía limpieza, cocinaba, limpiaba. Cuando no cumplía con las labores, le pegaban. Se levantaba a las cuatro de la mañana. A las ocho, tenía que estar en la escuela. Siempre llegaba tarde, y además llegaba cansada. No tenía fuerzas para estudiar.

- Estudié hasta sexto grado porque mi mamá ya no me pudo ayudar. Me dejaban deberes que necesitaban que

comprara cosas y no podía. Me daba pena estar así. La mamá de una amiga me apoyaba, me regalaba cosas para mis deberes. Otras veces, me apoyaba el que ahora es mi esposo.

Él la ayudaba en todo. Si ella necesitaba algo de la escuela, le decía y él se lo daba. Si ella quería comprarse algo, como ropa, él se lo compraba. Él hacía todo para que no le faltara nada. Ella era una niña maltratada y deslumbrada. Él era un adulto, que podía, incluso, tener la edad de sus padres. Ella estaba tan abandonada y había sufrido tanto, que, después de pensarlo un poco se fue con él. Todas las atenciones habían dado resultado para aquel hombre y ella se sentía querida únicamente por él.

- Mi mamá nunca me dijo nada por andar con el que ahora es mi esposo. Prácticamente, ella me empujaba a estar con él. Cada vez que yo necesitaba algo, ella me decía: Pedile a él, pedile a él.

Se fue con él. Nadie dijo nada. Nadie sintió escándalo por la diferencia de edad. Ni la familia de él. Ni la de ella. Él había estado proveyendo sus necesidades por tanto tiempo que su entorno veía como normal que ella se juntara con él. Han pasado cinco años. Ahora tienen una hija. **Él ha sido la única persona que ha demostrado interés verdadero en mí,** dice.

Lo cree porque su vida antes de ser madre fue atroz. Aunque su pareja ya no la deje estudiar, las cosas han cambiado, ella se siente protegida y proveída por él. Es lo que siempre le faltó. Antes, nadie veló por ella, nadie se interesó por ella, nadie la amó.



Fotografía: Lucy Tomasino



David Morales

Ex-Procurador para la Defensa de los
Derechos Humanos

La niñez, ¿quién la destruyó?, ¿quién la robo? Abusada desde los 9 años, esclavizada por adultos que la volvieron una madre a los 12 años; abandonada; Kimberlly, niña madre que dejó la escuela, que cambió los juegos infantiles por la soledad, el miedo, el dolor, la tortura, la condena de ver cerrado un proyecto de vida antes de siquiera soñarlo.

¿Qué hicimos para evitarlo? La crueldad, la discriminación, el abuso carecen de límites. Cambiar el orden de la injusticia y la violencia depende de nuestra acción. De nuestra denuncia, de nuestro compromiso, de la lucha colectiva por salvar la dignidad. Nunca más deben ser las niñas violadas. Nunca más la infancia mancillada. Nunca más el Estado, la comunidad, la familia, ser cómplices de esta violencia atroz y silenciosa.



“Me violó el novio de mi hermana mayor, cuando tenía nueve años. Yo pensaba que ya no valía nada.”

Kimberlly, 18 años, tres hijos.

- No me quiero acordar de lo que pasó. Es como si yo dejara todo atrás. Me acuerdo poquito de todo eso. De repente se me vienen cosas a la cabeza, y me acuerdo. Otras se me olvidan, como si no hubiera pasado nada.

Habla Kimberlly, de 18 años. Tiene tres hijos. Su primer embarazo fue a los 12 años. El segundo, a los 14, el tercero, a los 17. Antes de ser mayor de edad, su vida había rondado por estratos violentos y sórdidos. Había sido abusada y explotada. Había tenido dos hijos de hombres muy mayores que ella, que huyeron, pues tuvieron intercambios económicos con ella y la embarazaron. Y eso constituye un delito. Pero antes de eso, mucho antes, pasó algo que rompió su vida, y, como sostiene, torció su futuro.

- Lo que pasó es que me violó el novio de mi hermana mayor. Yo estaba chiquita, tenía nueve años, y él ya era un muchacho grande, como de 20. Yo estaba estudiando en la escuela y no le dije a nadie. Todo eso me lo guardé.

Kimberlly sufrió mucho la violación. Opuso resistencia y recibió violencia. Ella no decía nada, era una niña, sentía pena, sentía miedo, sentía dolor. **Me dio fiebre, porque me desangré. Me lo guardé, a nadie le dije, me daba miedo y me daba pena, iban a hablar de mí.**

El golpe fue muy grande y determinó su lugar en la vida.

- Yo pensaba que yo no valía, no tenía nada que perder, que ya no valía nada. Yo me decía qué voy a perder si lo

que tenía que perder, ya lo he perdido. Entonces yo pensaba que ya no tenía nada que perder, y por eso acepté tener relaciones con el papá de mi primera hija.

Eso sucedió cuando ella tenía 12 años. Su madre estaba en el hospital, sus hermanos y ella no tenía qué comer. Un vecino de 60 años comenzó a proveerla de cosas para comer. Cosas pequeñas, como galletas. También le pedía que limpiara su casa, le pagaba dos dólares. Para ella, ese dinero era infinito. Con eso podía comprar comida para sus hermanos. El hombre la invitaba cada vez más a su casa. La madre seguía en el hospital. **No teníamos nada**, dice Kimberlly. Entonces, el vecino de 60 años le pidió que tuvieran relaciones sexuales.

- Yo acepté tener relaciones con él, por la necesidad que yo tenía. Él me dijo que si yo quería podía hacerlo solo entre las piernas y que él no podía pegar hijos por una operación que le habían hecho en Estados Unidos. Entonces le dije que sí. Pero de ahí salí embarazada. Entonces tenía 12 años. No sabía bien qué era eso del embarazo. A mí sólo me habían violado.

Lo demás fue un escándalo, una caída estrepitosa. Sus hermanos demandaron al vecino, él huyó. Kimberlly pasó su embarazo en el hogar del ISNA, que recuerda como una experiencia que no quisiera volver a vivir.

Cuando pasó el parto, regresó a casa de su madre. Entonces, sola y sin ingresos económicos, volvió a caer en la trampa de

un hombre mayor que quería tener relaciones sexuales con ella. También era vecino, tenía 50 años. Kimberlly quería huir de su casa, necesitaba dinero, estaba desesperada. El hombre la había acosado desde mucho tiempo atrás, y sobre todo después de que tuvo a su primer hijo. **Yo tenía 14 años, y quedé embarazada la segunda vez.**

Sus planes cambiaron, su vida cambió. A los 15 años era madre de dos niños y no había terminado la escuela. Además, los padres de los niños habían huido de su responsabilidad. Uno se fugó a Estado Unidos, el otro se hizo cargo apenas unos meses.

Kimberlly decidió dejar el cantón y buscar suerte en la cabecera departamental, ahí echaba tortillas, vendía informalmente. Ganaba 10 dólares al día y guardaba el dinero para sus hijos. Pero cuando su hijo enfermó volvió al cantón con su mamá. Pensaba que tener hijos tan joven era lo peor que le había pasado en la vida.

- Los hombres no quieren acompañarse con una mujer que ya tiene hijos de otro, quieren acompañarse con una a la que ellos van a hacer mujer.

Ella pensó que podía hacer un cambio en su vida si iba a una iglesia. Esperaba que la respetaran, que nadie fuera a burlarse de ella, como los hombres que la embarazaron, que nadie pudiera verla de menos porque había tenido dos hijos tan joven, que nadie pudiera humillarla más. Dos años después, conoció al padre de su tercera hija.

Su hermana vendía fruta y le pidió ayuda una tarde. Mientras vendía, un muchacho un poco mayor que ella la vio. **Mi hermana me dijo que le quería dar mi teléfono a un amigo de su novio, porque quería conocerme. Y yo le dije que yo no le daba mi número a desconocidos.** Ella se lo dio de todos modos, y él me llamó, me dijo que si quería andar con él. Yo le dije: **Apenas hoy te he conocido y me estás hablando. No voy a andar con alguien que nunca he visto en mi vida. Primero, uno se tiene que conocer.**

En una de las tardes de venta, el muchacho que la llamaba por teléfono se acercó al puesto de frutas y la esperó cuando terminó de trabajar. La acompañó de camino a su casa.

- Me compró unas cosas para que llevara a la casa. Lo conocí un tiempo antes de juntarme. Yo tenía miedo de que fuera pandillero, pero es jornalero.

Kimberlly se juntó con él pronto, en una casa pequeña, de lámina. Dice que es la etapa más bonita de su vida.

- Tuve a mi tercera niña. Antes, con mis otros dos niños, yo sentía que no eran nada mío. No les tenía el amor que le tengo a la niña. Yo los cuidaba, a pesar de que casi no sentía el amor. En cambio a mi niña, la siento más que a ellos dos, yo la quiero bien.



Fotografía: Lucy Tomasino



Cristina Cornejo

Diputada de la Asamblea Legislativa de El Salvador

Con mucha tristeza he conocido la historia de Dolores, que no es más que uno de los miles de casos de nuestras niñas en El Salvador. Fue obligada a unirse, fue obligada a ser humillada. La historia de Dolores es una motivación más para hacer lo que se tiene que hacer, por Dolores, por la esposa de su primo y por nuestras niñas debemos de prohibir el matrimonio entre menores de edad, que no son nada más que un salvataje para dar legalidad al abuso a nuestras niñas.

Me pregunto si podemos imaginar la vida que ella tendría si sus derechos hubiesen sido respetados, si no hubiera sido obligada a unirse, sin duda sería otra historia más allá de platos rotos.

Me llama la atención aún, por todo lo difícil a su corta edad, su deseo de superación, impresionante, aplaudible. Esta historia de Dolores es una historia de violencia pero pongámonos a pensar qué futuro tienen sus dos hijos, una reproducción de pobreza, de falta de oportunidades producto de la violación de los derechos humanos de su madre.

Gracias por contar su experiencia, gracias por los consejos para que otras niñas no pasen lo mismo. Una sociedad no tendrá un buen desarrollo si seguimos violentando los derechos de las mujeres y más aún de nuestras niñas, las niñas a las que debemos cuidar, a las que debemos ayudar a forjarse un camino, un desarrollo, las niñas a las que tenemos que dar oportunidades.



“En mi casa me dijeron ‘Vos ya sos algo de él y nosotros no queremos, platos rotos’. Me obligaron a juntarme con él.”

Dolores, 22 años, dos hijos.

Dolores tiene dos hijos, ambos de diferentes hombres. La historia, en cambio, es igual. Fueron hombres que la abandonaron durante el embarazo. Ninguno de los dos reconoció a sus hijos.

Dolores se juntó contra su voluntad cuando tenía 14 años. En su familia, creían que las mujeres iban a la escuela únicamente a buscar marido. O a buscar un embarazo. Entonces, la sacaron de la escuela.

- Cuando iba a sexto grado mis abuelos me dijeron que tenía que dejar de estudiar. Me dijeron ‘ya no podés estudiar porque cuando las bichas van a la escuela solo van a buscar novios, a verse con alguien’.

Su entorno familiar era una red rota. Su mamá la abandonó, la criaron sus abuelos. Su mamá tiene otra familia, y Dolores siente, con pesar, ese desprecio. **Mi mamá no me quería**, dice.

Por ser mujer, estaba más expuesta a todo en su familia. No tenía autonomía, decisión, libertad o voz. **Así son los abuelos en los pueblos, no tienen confianza en una, no creen en los jóvenes. Me dolió que me sacaran de la escuela porque una tiene el pensamiento de superarse.**

Tenía 15 años cuando terminó el sexto grado, su último año en la escuela. La dejaron en la casa, confinada a oficios domésticos. Al poco tiempo, Dolores conoció al papá de su primer hijo. Él tenía 25 años, trabajaba en una aserradora y empezó a hablarle. Contestarle la plática fue su condena.

- A mi abuela le dijeron que yo ya andaba teniendo relaciones con él. En mi casa me dijeron ‘Vos ya sos algo de él y nosotros no queremos platos rotos’. Me obligaron a juntarme con él.

Vivieron juntos apenas tres meses. Y fueron meses sometidos a violencia y desprecios.

- Él sufría por otra mujer. Decía que si no me iba yo de la casa, se iba él. Me tuve que ir. Hasta la fecha me pregunto por qué se juntó conmigo. Después de que nos separamos, se juntó con otra mujer. Ni siquiera conoció al niño.

Así continuo tejiéndose una cadena de abandonos. Al final, un hijo abandonado por el padre. Sola y embarazada, Dolores empezó a buscar un trabajo. Era ella, y nadie más, quien iba a sacar adelante a su hijo.

- Yo he estado sola siempre. Vivía con mis abuelos, pero ya ve que no me tenían confianza. A mi mamá no la volví a ver. Una sola tiene que hacer la forma de ganarse el dinero, no ganarlo fácil pero sí hacer la forma de trabajar. Hace un año me vine del cantón para trabajar. Primero, en una pupusería, ahora echando tortillas. Empecé a trabajar para tener dinero cuando el niño naciera.

Su abuela se enteró y fue por ella, la devolvió a su casa. **Después de que me habían echado de la casa, me recogieron de nuevo.**

Tuvo a su hijo y volvió a trabajar, en una pupusería. Ahí conoció al padre de su segundo hijo. La historia fue muy parecida. Su segundo hijo corrió con la misma suerte, su padre lo abandonó. Ninguno de los dos padres de sus hijos se hizo responsable. Ni siquiera les dieron sus apellidos. No los asentaron, no se acercaron a conocerlos. Nada.

- A veces una se siente un poco humillada. Al principio los hombres cumplen lo que le dicen, después dan la espalda. Ellos hasta llegaron a dudar de la paternidad de los niños. El papá de mi segundo hijo, me dijo: “Vos trabajás en una pupusería, y ahí llega tanta gente, ese niño puede ser de cualquier hombre”. Yo no suporté lo que me dijo y no insistí en seguir con él. Me

dolió mucho. Hasta hoy, me ha costado estar sola pero he logrado salir adelante con mis hijos.

Dolores gana 130 dólares al mes echando tortillas. Con eso paga la renta, la comida y las cosas de los niños, la ropa, la escuela, los gastos en medicinas. **Si yo logro ser ahorrativa, calculo que en unos cinco, siete años, voy a poder poner mi negocio propio de una pupusería. Ya conozco el teje y maneje del oficio**, dice.

Dolores quiere que sus hijos tengan una vida mejor que la de ella. Por ejemplo, duermen en cama. Ella siempre durmió en hamaca.

La vida ha sido dura con ella y es decidida, y con ello dura, en su forma de manejarse en ella. Una dureza que viene de la fortaleza, de una historia repetida que quiere más para ella.

- Los hombres deberían tener más dignidad. Porque les gusta estar con jovencitas de 12, 14, 15 años, pero no se hacen responsables de ellas. Los hombres creen que mientras más jovencitas, las pueden engañar más fácil. Después, se desentienden y las tratan con desprecio, como poca cosa. Y son ellos, los hombres, los que deberían tener dignidad.



Beatriz Alcaine

Gestora Cultural

Leo sobre Gladis y se dispara dentro de mí una mezcla de recuerdos, ideas, cifras y pensamientos disparatados y todos duelen. Todos. No me dan ganas de escribir sino de gritar. Yo, abusada a los 12, pude ser ella.

Me duele cómo toda su historia es “tibia”, “normal” y cómo es sólo una de las 20,000 historias diarias de niñas-mamás en el mundo. Me duele porque para ella misma, Gladis no ve ninguna luz al final del túnel, está excluida ya de toda posibilidad y porque aunque logre tener la ilusión de que sus hijos salgan de la salinera, ¿cómo pueden salir si su única opción de escuela, en ese cantón de La Unión, es la misma que los papás abandonaron sin que les enseñara ni el primero de sus derechos, la dignidad?

Veo a un perro siguiéndose la cola: estos niños que tienen ahora 4 y 2 años, ya sin papá porque se fue al Norte, con un abuelo que gana \$7 al día –y solo en verano–, ¿a qué edad van a embarazar a una niña, a qué edad la van a dejar con el tiernito para irse al norte?

Me duele porque entiendo que Gladis, a sus 18 años no pueda concebir la vida sin la maternidad y diga que tener hijos es “lo mejor que le puede pasar a una”. En esas condiciones, ¿qué mejor?

Mejor, buenos programas de atención a la primera infancia, mejor una escuela activa y abierta. Mejor, talleres de autoconocimiento, de formación en oficios. Mejor, programas de educación sexual concreta y clara. Mejor, acceso a métodos anticonceptivos. Mejor, centrarse en que paren los “abortos masculinos”*. Mejor, espacios de ocio sano y esparcimiento en todos los rincones del país. Mejor, museos y librerías y teatros. Mejor, entender la fuerza que representan 580 millones de niñas adolescentes en el mundo, si entre los 14 y los 18 sienten mariposas en el estómago y no pataditas de un bebé.

*Aborto masculino es un término propuesto por la periodista y escritora María López Vigil para referirse a la cantidad de casos en que los hombres inseminan a la mujer y se desentienden del ser que viene.



LA UNION

“Él se fue, así nomás, de un día para otro. Yo siento que me traicionó por haberse ido.”

Gloria, 18 años, dos hijos.

Gloria está sola. En su casa, sus hijos y su soledad. El ruido externo. Ese ruido tan pesado en el silencio, que corta las voces de los niños en los juegos, que suena como la interferencia de una señal de radio antigua. Por ratos, unos pozos de silencio se extienden entre Gloria y su biografía. Por otros, cuenta, rápidamente, lo que le ha pasado. Pero la escena sigue siendo la misma, Gloria está sola.

Se dedica a ser mamá. A veces, piensa en las posibilidades de trabajar haciendo cosas pequeñas, oficios de mujer, para lo que la habían criado. A tal punto, que nunca imaginó que tenía que esperar, crecer, para ser mamá. Se juntó a los 13 años, su pareja tenía 22. Cuando nació su primera hija, Gloria tenía 14 años. Su segundo hijo, nació apenas un año atrás, cuando ella tenía 17 años.

Aún siendo menor de edad, Gloria era ya madre de dos hijos y experimentó dos partidas, dos abandonos. El mismo año

que su hijo nació, su pareja se fue a Estados Unidos. **Dejó bien tiernito al niño**, dice.

Ese mismo año, también se fue su mamá, para Estados Unidos. Solo se llevó al hermano menor de Gloria, de ocho años. Ahora ambos están en Nueva York.

Tiene una familia de rupturas. No hay red. Antes de la migración de su mamá, sus padres ya estaban separados. Y al poco tiempo de la migración de su pareja, Gloria vivió otra separación.

- Desde allá, él me celaba. Me llamaba por teléfono y si yo no le contestaba me decía ¿Hija de la granputa con quién estás, con quién estabas? Yo estaba en la casa, lavando o limpiando y no oía el teléfono. Entonces él se enojaba más y me dijo que mejor nos dejáramos. Es triste, pero yo estuve de acuerdo. Entonces ya no estamos juntos, el dinero para los niños se lo manda a la hermana y ella

viene una vez a la semana a dejarles comida, verduras. La verdad es que no lo extraño mucho.

No lo extraña porque algunos días, algunas noches, su pareja era violento. A veces bebía, a veces gritaba. Otras, la amenazaba.

- Él era mi vecino, y me enamoró. Cuando mis papás supieron que yo me había juntado, me pidieron que no lo hiciera, que estaba muy chiquita. No lo pensé mucho, la verdad. Me costaba la escuela, me costaba aprender. Yo me imaginaba que la vida era juntarme. Entonces dejé la escuela, en quinto grado, aprendí a leer y escribir pero me cuesta sumar y multiplicar.

Gloria se unió a un hombre que tampoco había terminado la escuela. No tenían casa, no tenían tierra propia. Sembraban maíz y frijoles, ella molía el maíz y hacía tortillas. En el verano, su pareja trabajaba en una salinera. En ese trabajo, el jornal tiene un pago de 7 dólares. Nada más. En el invierno no hay trabajo.

Antes de que su pareja migrara a Estados Unidos, ya se habían separado una vez. Después, volvieron. **Nos separamos y volvimos a intentarlo pero los hermanos de él no querían que nosotros estuviéramos juntos otra vez. Después la familia de él hablaba mal de mí, decían que por mi culpa él fue preso. Pero él fue preso por él solo,**

por lo que hizo, así dijo la jueza. La jueza de familia llevó el caso de Gloria. Su pareja era violento y una noche la amenazó de muerte.

- Me encerró en un cuarto, con la niña, y quebró una botella. Gritó que con esa botella me iba a matar. La niña se asustó y se puso a llorar. Entonces, él luchó por quitarme a la niña, estaba más chiquita y por eso la niña le tenía pánico, así creció. Como la niña tenía tanto miedo y yo dije que él me había amenazado con matarme, la jueza le puso una orden de alejamiento.

Después de la restricción que decretó la jueza, el padre de sus hijos se fue a Estados Unidos, pero lo capturaron, en su record apareció el juicio por violencia intrafamiliar. **La familia de él está enojada conmigo, dicen que es mi culpa**, dice Gloria. Y por eso mismo es madre soltera.

- Yo no lo extraño. Él se fue, así nomás, de un día para otro. Yo siento que me traicionó por haberse ido, pero a veces esos comportamientos hacen que una madure. De todo eso, yo agarro fuerza para cuidar a mis hijos. Yo ya no voy a estudiar, pero con todo lo que pasé, quiero que mis niños salgan adelante, que estudien hasta donde puedan, que vayan a una academia después, donde ellos quieran.



